

**Solemnidad. La Epifanía del Señor**  
**Mensaje radial de Monseñor Juan de Dios Hernández Ruiz,**  
**SJ, obispo de Pinar del Río, Cuba.**

Queridos hijos e hijas, qué bueno poder encontrarnos en este primer domingo del año 2025. Mis mejores deseos para todos en este nuevo año.

Hoy celebramos como Iglesia la fiesta de la Epifanía, palabra griega que significa, literalmente, "manifestación, revelación". En ella recordamos, ni más ni menos, la "manifestación" del Hijo de Dios al mundo, su revelación a los pueblos gentiles, representados en los Reyes Magos.

Los tres magos de los que hablaba el evangelista provenían de lejos, no eran judíos, porque la buena noticia de salvación que trae Jesús, todavía niño, alcanzará a todos y no solo a los judíos. En su camino siguiendo la estrella, se topan con Herodes, que personifica a los opositores al plan salvador de Dios. Cuando llegan ante el niño, le entregan unos dones simbólicos: el oro de la realeza, el incienso de la divinidad y la mirra de la humanidad.

El día de los Reyes Magos está premiado de alegría, sobre todo para los niños que tradicionalmente esperan sus regalos. Diríamos que en este día se mezclan los sueños, la poesía, el folklore, la religiosidad y la leyenda.

Pero centrémonos, con sencillez, en lo esencial del misterio. Estos Reyes Magos tienen muchísimas cosas que enseñarnos, sobre todo al hombre moderno, tan contaminado de racionalismo, pragmatismo y materialismo. El hombre de hoy exige argumentos palpables, empíricamente cuantificables y "seguros" para poder dar un paso hacia adelante, sobre todo cuando se ven comprometidas sus decisiones vitales.

Pero estos personajes de Oriente, sin haber recibido el don de la fe monoteísta del Pueblo elegido ni la esperanza en un Mesías

Salvador como lo entendía Israel, sin pruebas contundentes y científicamente verificables, se ponen en marcha hacia lo desconocido, siguiendo la luz de una estrella. Para la mentalidad del mundo, esos hombres serían unos pobres ilusos, unos simples “soñadores” o unos aventureros a ultranza. Sin embargo, ellos seguían la estrella de una fe, en la que descubrían mucho más que un dato astrológico; para ellos, ése era un lenguaje divino, un signo trascendente que hablaba directamente a sus corazones y los invitaba a buscar a ese “Rey” de los judíos, que ellos intuían como el Mesías esperado de los pueblos. Seguramente conocían las Escrituras y en esa señal del cielo descubrieron la voz misma de Dios que los llamaba a buscarlo.

¿Cuántos de nosotros somos capaces de descubrir en una “estrella” –que pueden ser las mil circunstancias de cada día: un encuentro, una noticia alegre o desagradable, una enfermedad, etc.— a través de la cual nos habla Dios nuestro Señor y nos revela su voluntad santísima sobre nosotros? ¿Y cuántos tenemos el valor de seguir esa estrella, aunque eso nos exija romper nuestras seguridades demasiado “humanas” y terrenas, confiar en la voz de Dios y ponernos en camino –como los Reyes Magos, como Abraham, como la Santísima Virgen— “hacia el lugar que Él nos mostrará”? ¿Por qué no dejarnos guiar, también nosotros, por esa “estrella” de la fe? ¡Ojalá que también nosotros tengamos el valor de seguir la estrella que Dios nos manda!

Pero, ¡atención!, porque esa estrella puede también ocultárenos de cuando en cuando, como les pasó a los Magos. Y es entonces cuando necesitamos de una fe todavía más grande y fuerte para seguir caminando, a oscuras; es decir, aunque no vemos ya casi nada, aunque no sepamos por dónde nos conduce Dios, aunque no comprendemos por qué nos trata de una manera o de otra –por ejemplo, cuando permite un gran sufrimiento moral, una desgracia personal o la enfermedad de un ser querido—. A veces no vemos la estrella. Pero es preciso seguir confiando.

Ella sigue allí, arriba, en el cielo. Ya reaparecerá. Es la seguridad de Dios la que ha de impulsarnos a continuar hacia adelante, hasta llegar al lugar en donde se encuentra el Niño Dios junto con su Madre santísima y san José.

Cada uno de nosotros hoy se presenta ante este bello relato. Jesús ha nacido para mí, para todos, también para aquellos que no conocemos y de quienes recelamos. Podemos ser ante ellos, y ante todo el mundo, como los magos o como Herodes, como el pesebre que le acoge o como la ciudad de Jerusalén que le condenará a la cruz.

Perdón, Señor, porque no siempre miramos al pesebre, a los sencillos, donde tú te sigues manifestando. Que tu luz nos disponga y nos guíe siempre.

Que María de la Caridad nos acompañe siempre.